

Ernesto Pereira Quiroga

Ernesto Pereira Quiroga. Oruro (1932 – 1997)- Periodista y escritor ensayista. No obstante de haber egresado de la carrera de Derecho de la Universidad Mayor de San Simón de Cochabamba, su mayor dedicación intelectual fue el periodismo, cumpliendo funciones de reportero, redactor, administrador, columnista y editorialista en los periódicos “Los Tiempos”, “El Pueblo”, “Crítica” y “El Mundo de la ciudad del valle. En el diario “Los Tiempos” fue famosa su denominada “Columna de Huáscar”. Por su labor en beneficio de la sociedad, desde diferentes cargos públicos y privados, fue distinguido con numerosos premios y condecoraciones que enorgullecen a su familia y a su tierra natal: Distinción conferida por el Centro de Estudios Nacionales (Cochabamba 94), Premio Cultural Rotary 96, Condecoración “KANATA” del Comité Cívico de Cochabamba. Ciudadano Meritorio de Cochabamba-1997, Nominación de una vía pública de la ciudad de Cochabamba con el nombre de “Ernesto Pereira Quiroga”, dispuesta por Ordenanza Municipal 1956/97



La columna de Huáscar

CANCIÓN DE NAVIDAD

Escuchando interpretaciones de conjuntos corales, resulta fácil deleitarse cuando las voces repiten canciones navideñas, todas las cuales se caracterizan por su encanto y dulzura. La genialidad de los compositores inspirada en un hecho que al mismo tiempo es humilde, sencillo y el más grandioso de la historia de la humanidad, expresa los más limpios sentimientos y utiliza el lenguaje universal de la música para repetir el mensaje que anuncia el advenimiento del Salvador. La polifonía eleva los trinos humanos hacia el cielo, regocijándonos con la buena nueva que se va repitiendo todos los años. Son tonalidades que nos hablan o sugieren ideas referidas al amor, la paz y la fraternidad.

Mi viejo amigo Edgar Quiroga me contaba que en su niñez solía esperar con ansias la legada de la Navidad. Para el efecto, el cura de su barrio reunía a toda la chiquillada y la entrenaba en la entonación de alegres villancicos, propios del sentimiento popular en el que están amalgamados los ancestros collas y quechuas con la influencia cristianizadora de los conquistadores españoles. Los niños de la parroquia, cuenta Quiroga, se dividían en dos grupos: los cantores y los ejecutantes de instrumentos a cada cual más exóticos desde el punto de vista de su simpleza y su construcción, nadie entendía cómo se las arreglaba el buen sacerdote para poner orden en medio de la bullanguera tropa infantil, ni tampoco se sabía la forma cómo llegaba a dominar al sacristán que tocaba el armonio mientras esparcía a su alrededor su insostenible tufo alcohólico. Lo cierto es que los ensayos se repetían todos los días, incluyendo los domingos y tras los griteríos llegaban las entonaciones.

En las tardes que precedían a la fiesta navideña el cambio de comportamiento era total, pues los niños creían que era importante actuar con solemnidad en la Misa de Gallo, que era el punto culminante de la celebración esperada. Edgar y sus amiguitos no faltaban a ninguna de las reuniones preparatorias y el único indisciplinado resultaba ser el famoso sacristán, que por lo demás era una persona buena y gentil, pese a su leal apego a las botellas de aguardiente.

En su relato, nuestro amigo se emociona recordando aquellas épocas en que disfrutaba de la Noche Buena cantando los villancicos que había ensayado con el cura de la parroquia. Para él una canción de Navidad tiene el encanto de la vida que resume los trinos más hermosos de las aves, los ululares más suaves de las brisas y los sonidos más enternecedores de la naturaleza. Edgar Quiroga, maravillado, nos dice que su experiencia infantil fue la más limpia y más dulce de su vida. Sigue recordando las navidades de antaño y nos relata con voz quebrantada la alegría que tenía cuando llevaba a su casa a sus amiguitos más pobres del coro parroquial para compartir con ellos tazones de chocolate con buñuelos y turronecillos servidos por su padre, quien lo apoyaba en sus actos de solidaridad.

“Por desgracia –nos dice Quiroga–, muy poco tiempo nos acompañó mi padre. Él murió y no hubieron más navidades compartidas, pero quedaron en mi alma y en mi corazón los sonidos de aquellos cánticos navideños, mientras que en mi voluntad subsisten los sentimientos de solidaridad que aprendí de mi progenitor y de aquel párroco que me había inculcado el catecismo mientras me enseñaba a cantar: “Pastores venid...”

La columna de Huáscar

DON AUGUSTO GUZMÁN

Nació y vivió para escribir, habiendo cumplido con su destino a cabalidad. Don Augusto Guzmán fue el ilustre polígrafo que engalanó las letras bolivianas con importantes obras que cubren los géneros más diversos de la literatura, destacándose sus libros históricos, de cuentos, de biografías, de crítica literaria, de geografía, de novelas, etc. En todos sus trabajos demostró ser el cuidadoso artífice de la palabra que a su dominio semántico añadía la elegancia de su depurado estilo. En cada libro de este distinguido escritor encontramos el sello del amor que ponen los buenos autores a los frutos de su creación.

Nacido en 1903, en esa villa de singulares atractivos y múltiples tradiciones que se llama Totora, don Augusto dedicó su tiempo a la investigación de documentos historiográficos y al estudio de la realidad social de este maravilloso país. Tuvo especial interés por dar a conocer la vida y obra de conspicuos personajes que contribuyeron a la formación y consolidación de nuestro territorio como nación, y fruto de sus desvelos e inquietudes son las biografías de Tupac Katari, Mariano Baptista, Adela Zamudio, Víctor Paz Estensoro y otros. Acucioso y observador nos dejó pinturas interesantes en “Bellacos y Paladines” y “El Kolla Mitrado”. Como estudioso del Derecho escribió un texto sobre “Derecho Internacional Privado Boliviano”. Entre sus obras de análisis crítico e información literaria se destacan “Historia de la novela boliviana”, “La novela en Bolivia”, “Antología colonial de Bolivia”, “Diccionario de la Literatura Latinoamericana”, “Panorama de la Literatura Boliviana del Siglo XX”. Son notables sus libros sobre Historia de Bolivia y Cochabamba, por lo que sirven como obras de consulta obligada. En fin, todo el espectro bibliográfico salido de la fecunda pluma de don Augusto Guzmán conforma una valiosa colección que debiera ser reeditada con los auspicios de la H. Alcaldía Municipal de esta ciudad, pues no sería correcto que esas obras queden dispersas y se pierdan, algunas de ellas, en el olvido.

El Dr. Augusto Guzmán Martínez recibió en vida varios y muy merecidos galardones, destacándose aquel que le entregara el Supremo Gobierno en 1961 y que constituyó el Gran Premio Nacional de Literatura.

Entre las distinciones preferidas por Guzmán, producto de su acendrado amor a esta tierra encuéntrase la declaratoria de Hijo Predilecto de Cochabamba que en nombre de nuestro pueblo le otorgara la H. Alcaldía Municipal. Fue en esa oportunidad en que el escritor expuso su pensamiento sobre el valle nuestro diciendo: “Que Dios Bendiga y proteja a esta tierra de rosas y de leche; de verduras y hortalizas; de choclos huminteros y de platanos yungueños y tropicales; de papas claras y morenas originarias de las viejísimas sayañas andinas; del trigo panificable y de las aves comestibles que trajeron los españoles. Que Dios bendiga a los niños, a los hombres y a las mujeres que habitan sus ciudades, sus pueblos y sus campos reverdecidos de limpias sementeras y de trémulas arboledas bajo un sol eternamente joven y glorioso”.

Don Augusto Guzmán siempre fue sencillo y discreto y esos rasgos propios de su recia personalidad los conservó hasta el instante mismo de su muerte, pues, aparentemente, él escogió un día especial para cerrar los ojos y entregar su alma a Dios. Cuando toda la población dedicaba su tiempo a los últimos preparativos navideños, el hombre que inició su carrera literaria con “La sima fecunda”, decidió bajar a ella para el descanso eterno. Con la misma sencillez y apacibilidad de siempre, don Augusto tomó el viaje final. Una lúgubre campaña anunció en el cementerio el arribo de los restos de un gran personaje.